

Restaurar la arquitectura

En teoría, bastaría cumplir las leyes, que las hay. En la práctica, cada autonomía, cada diócesis o cada municipio hace lo que mejor le parece, en muchas ocasiones con poco criterio

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

Catedrático de Historia del Arte
Escuela de Arquitectura, Madrid

LA RESTAURACIÓN Y CONSERVACIÓN del patrimonio arquitectónico de un país es, seguramente, su más directa tarjeta de presentación. Dime cómo conservas y restauras tu arquitectura y te diré quién eres. Es decir, ¿pertenece a una sociedad opulenta que con la estética del brillo de los nuevos ricos destroza, con mucho dinero, una herencia que no merece, o bien con tus recursos, pocos o muchos, mantienes la dignidad de la arquitectura que es, a la vez, espejo de tu propia dignidad como sociedad en la historia?

Ésta es una de las muchas interrogantes que cabe plantear al referirnos a la restauración de la arquitectura en sus distintos niveles, desde el gran monumento cargado de historia y belleza, hasta esa modesta arquitectura popular que, al margen del tiempo y de los estilos, habla un arcano lenguaje que se identifica con el lugar y su paisaje, y que es tan atractiva y digna de consideración como una catedral gótica.

Viollet-le-Duc y Ruskin. La misma palabra restauración ya indica una postura frente a este legado que, sin listados ni declaraciones explícitas, ha sido siempre patrimonio de la humanidad. Me refiero a que el término restaurar, inventado y definido por primera vez en el colosal *Diccionario razonado de la arquitectura* (1854-1868), de Viollet-le-Duc, ya está entendido como imperativo más que como un simple infinitivo verbal. Para este arquitecto francés y, desdichada-

San Martín de Frómista, Palencia, una iglesia románica del Camino de Santiago tan restaurada a finales del siglo pasado que sufrió una auténtica recreación.

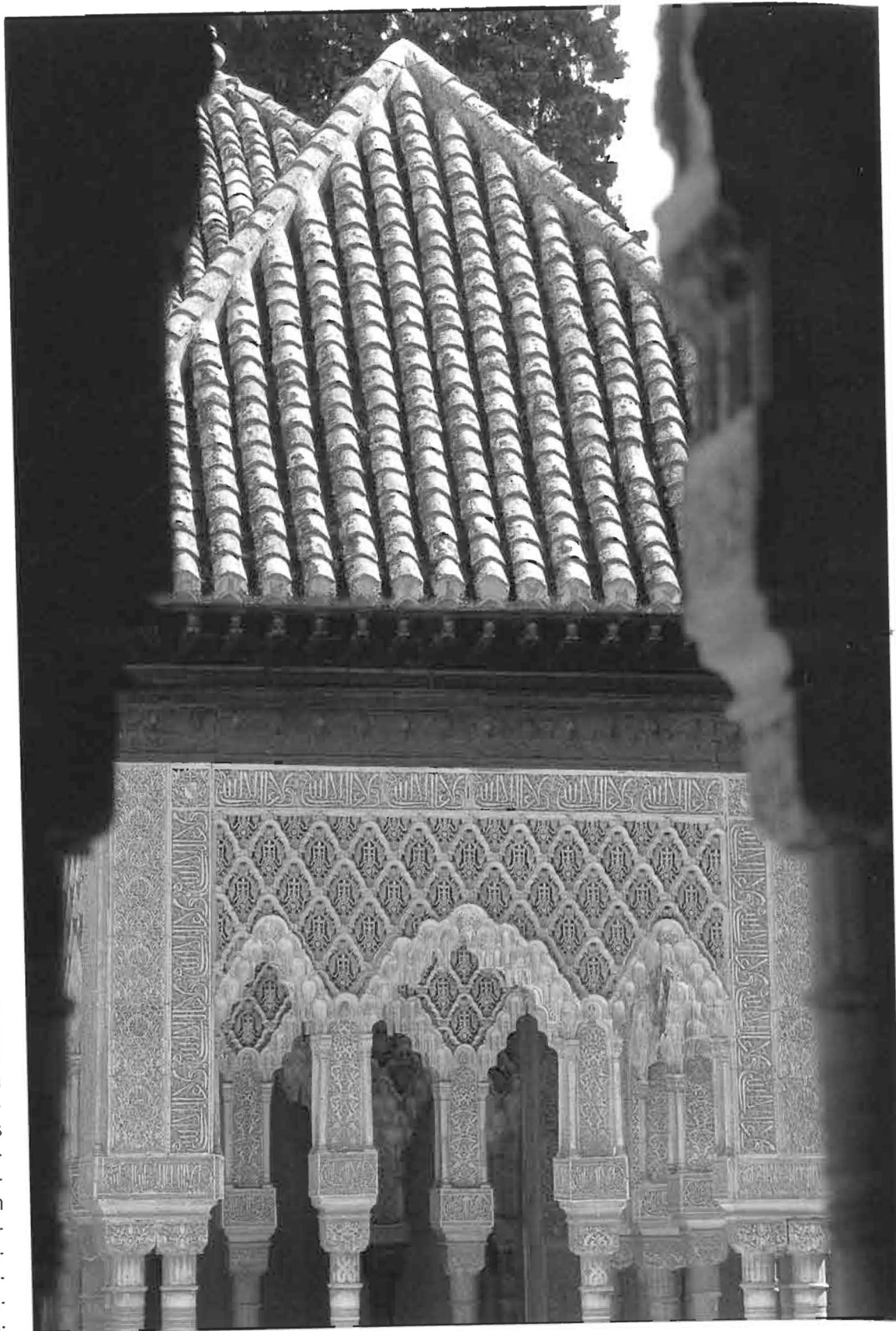
mente, para muchos de los arquitectos de hoy, restaurar supone una acción inmediata y libre sobre el edificio, obviando otra primera, razonable y elemental, que es la de su conservación. De este modo, con más frecuencia de la deseada, restaurar ha significado destruir lo que paradójicamente queríamos salvar.

Sabemos que la historia de la restauración ha dividido siempre en dos bandos irreconciliables a los que, a principios de nuestro siglo, se llamaban restauradores y antirrestauradores, los primeros guiados por el ejemplo de Viollet-le-Duc, y los segundos, devotos lectores de Ruskin. El primero, dando patente de corso a los arquitectos para ac-



tuar en los edificios y darles un aspecto que incluso nunca llegaron a tener, y el segundo, Ruskin, predicando la conservación de los edificios y negando con vehemencia la restauración, cuyo verdadero sentido no lo comprende el público ni los que tienen el cuidado de velar por nuestros monumentos. Significa la destrucción más completa que pueda sufrir un edificio, destrucción de la que no podrá salvarse la menor parcela, destrucción acompañada de una falsa descripción del monumento destruido.

Ruskin escribió esto en *Las siete lámparas de la arquitectura*, en 1849, y con ello puso el dedo en la llaga, de modo profético, en lo que sucedería en muchas restauraciones realizadas a lo largo del siglo XIX en Europa, y de las que resulta un caso ejemplar, entre nosotros, la iglesia de San Martín de Frómista (1895). Pero lo malo es que, un siglo más tarde, cuando la Europa culta ha desechado este tipo de operaciones, que abrasan el monumento como la cal viva quema las manos, por dañinas e irreversibles, nosotros seguimos haciendo lo mismo. Ahí está la falsa descripción de lo destruido en el teatro ex-romano de Sagunto o en la ex-medieval ex-cartuja de Sevilla, dos baldones de la cultura española en torno al 92, que injustamente arrastran sólo los nombres de sus arquitectos y no los de sus primeros y últimos responsables, los políticos, por cuya impertinente soberbia hemos de soportar para siempre la gratuita pérdida de estos singulares monumentos del arte español, sin que nada ocurra a nadie. O, peor que esto, aunque las responsabilidades exigibles llegaran al final, nadie podrá devolver al teatro de Sagunto su romanidad, su dimensión histórica, su interés arqueológico, su imagen arquitectónica, ni su consolidado valor paisajista, es decir, lo que siguen ofreciendo



Detalle de **La Alhambra** de Granada, un conjunto restaurado respetuosamente por Leopoldo Torres Balbás entre 1932 y 1936, pese a que en el pasado había sufrido todo tipo de ultrajes.

todos los teatros helenístico-romanos de la cuenca mediterránea.

La restauración científica. Entre los fervientes partidarios de la restauración y sus contrarios, surgió hacia 1883 en Italia, con Camilo Boito, una tercera vía que se conoce como restauración científica. Boito proponía una serie de medidas elementales conducentes a la identificación de la acción restauradora, alentando una posición más ecléctica y razonable entre la restau-

ración a ultranza y la conservación-abandono. Esta opción deja ver, sin destemplanza ni chirridos, la diferencia entre lo antiguo y lo nuevo, y en una deseable armonía que, lejos de constituir un engaño, se manifiesta con noble sinceridad, sin golpes de gong ni piruetas de diseño, ni soluciones constructivas de alta tecnología, pone de manifiesto la intervención de nuestro tiempo, sin disputar el protagonismo al monumento y respetando su condición histórica. En este sentido tuvimos figuras excepcionales, como la de don Leopoldo Torres Balbás, el sensato restaurador de la Alhambra de Granada (1923-36), cuyo conjunto había sufrido todo tipo de ultrajes hasta entonces.

Sin embargo, esta sacrificada vía de trabajo ha tenido pocos discípulos, pues exige a los restauradores una modestia poco común ya que parte de una premisa, que parecería indiscutible, en la que lo notable es el edificio a salvar y no el arquitecto que lo restaura; en la que lo realmente importante es el monumento y no la institución pública o privada que financia la obra.

Esta vía es poco común, decimos, porque exige un método de trabajo lento, dada la necesidad de conocer el edificio bajo muchos aspectos, tanto históricos como constructivos, estilísticos, materiales, formales y funcionales, debiendo enfrentarse a un larguísimo análisis que resulta incompatible con los plazos cuatrienales en los que se mueve el político, siendo también poco rentable para el arquitecto que, además, no suele contar con una preparación adecuada.

Bruno Zevi, en un texto fundamental de los años 50, *Saber ver la arquitectura*, decía algo esclarecedor y de absoluta vigencia: "Los arquitectos profesionales, que por sufrir los problemas de la edificación contemporánea tienen una profunda pasión por la arquitectura en el sentido vivo de la palabra, carecen hoy en su mayoría de una cultura que les dé derecho a entrar legítimamente en el debate histórico y crítico. La cultura de los

Detalle de la fachada de la **Casa del Cordón**, Burgos, recientemente restaurada.

arquitectos modernos está ligada, demasiado frecuentemente, a su polémica. Luchando contra el academicismo falsario e imitador, muchas veces han declarado, quizás inconscientemente, su desinterés por las obras auténticas del pasado..."

La idea de que cualquier profesional de la arquitectura está capacitado para restaurar aquella que calificamos como histórica, es un disparate de tal naturaleza que sólo esto explica la aberrante destrucción pacífica de nuestros monumentos, como decía Gaya Nuño. Lo cierto es que por una falta de formación y conocimiento, que no cabe improvisar, y lo perentorio de los plazos políticos, nuestros monumentos, que vienen a ser el sedimento de la Historia, es decir, que tienen un componente cronológico de mucho peso, se ven sometidos *contra natura* a operaciones muy rápidas y sujetos a intereses y condiciones administrativas adecuadas para la construcción de un bloque de viviendas o la pavimentación de una plaza, pero no para la restauración de la catedral de Toledo, por ejemplo.

La falta de formación y conocimiento, unida a los plazos políticos, están provocando actuaciones irreparables



Cartas y leyes. Saliento al paso de estos errores acumulados, que tantas veces han puesto en peligro el patrimonio arquitectónico y urbano de todas las culturas de la tierra, surgió un deseo de compartir los problemas y remedios, a través de congresos y conferencias internacionales, siendo la primera la celebrada en Atenas (1931), a la que asistió Torres Balbás, donde se redactó la llamada *Carta de Atenas*. En ella se recoge una serie de principios en los que prima la conservación sobre la restauración: "Predomina en los diversos Estados representados, una tendencia general a abandonar la restitución integral y evitar sus riesgos mediante la institución de mantenimientos regulares y permanentes con el fin de asegurar la conservación de los edificios. En el caso de que una restauración aparezca como indispensable, como consecuencia de las degradaciones o destrucciones, [la Conferencia] recomienda respetar la obra histórica y



artística del pasado, sin proscribir el estilo de ninguna época”.

A la de Atenas siguió en importancia la *Carta de Venecia* (1964), ampliando y corrigiendo conceptos, pero insistiendo siempre en el carácter interdisciplinar de la restauración, en el respeto de lo aportado por cada etapa de la historia frente a la nefanda idea de la unidad de estilo, y recordando que “la restauración es una operación que debe tener un carácter excepcional. Tiene como fin conservar y revelar los valores estéticos e históricos de un monumento, y se fundamenta en el respeto hacia los elementos antiguos y las partes auténticas. Se detiene en el momento en que comienza la hipótesis; más allá, toda adición reconocida como indispensable, se destacará de la

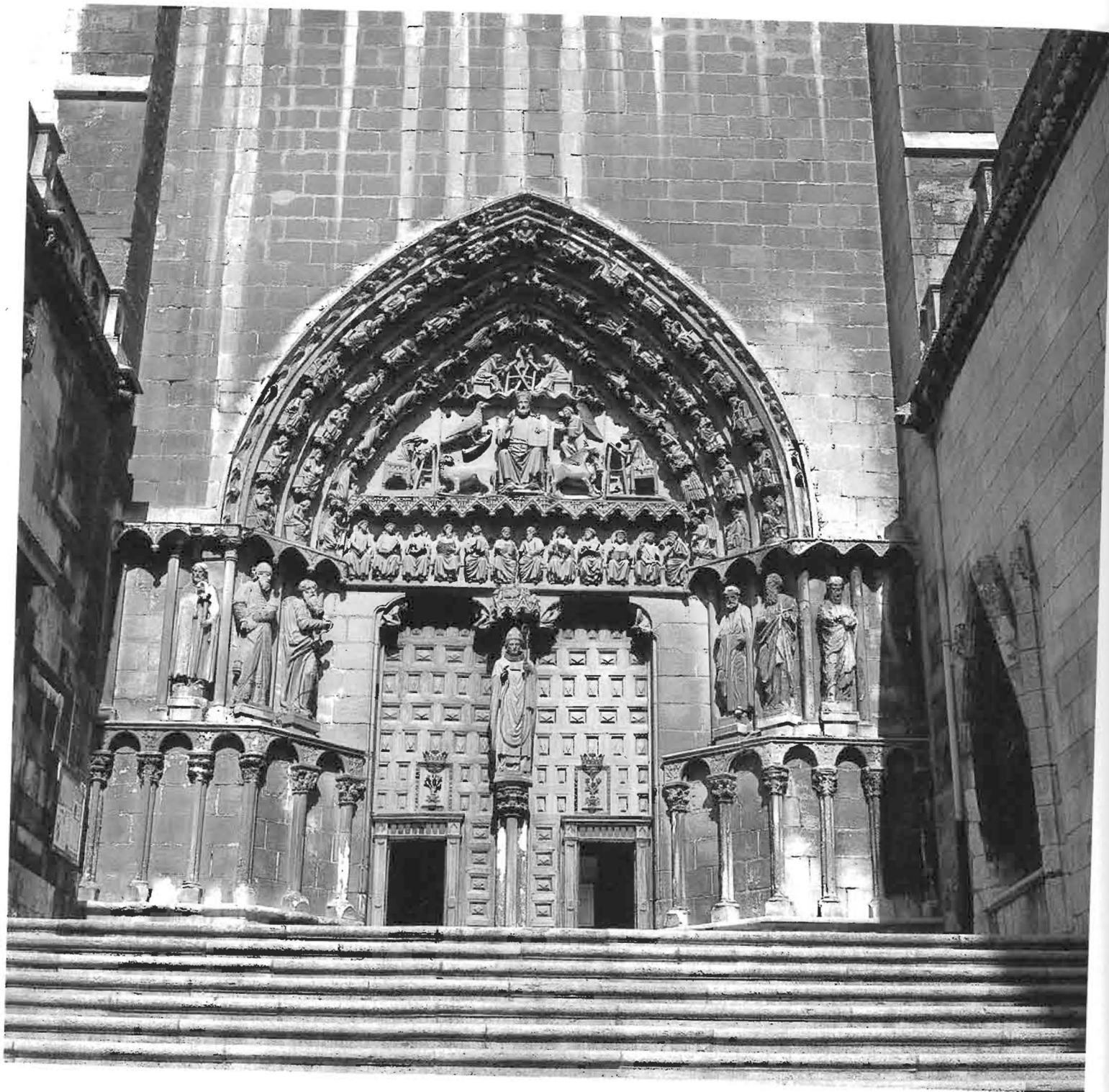
Detalle del interior de la **catedral de Jaca** donde, en una reciente restauración, se añadido un ábside de “diseño años 90”.

composición arquitectónica y llevará el sello de nuestro tiempo”.

En la propia Italia se redactó la *Carta del Restauro* (1972), con fuerza de ley en este país, que tiene el interés añadido de dar unas instrucciones precisas para la restauración de la arquitectura dentro de una concepción global sobre la restauración del patrimonio artístico, desde los yacimientos arqueológicos hasta los centros históricos, sin descuidar la escultura ni la pintura. Es decir, la arquitectura a restaurar comparte aquí unos criterios básicos, no distintos de los exigibles en otros sectores del patrimonio cultural. Así, desde “la necesidad de considerar todas las obras de restauración bajo un sustancial perfil de conservación, respetando los elementos añadidos y evitando asimismo intervenciones de renovación o reconstitución”, hasta la obligatoriedad de conservar la pátina de la piedra “por evidentes razones históricas, estéticas y técnicas”, la *Carta del Restauro* señala los aspectos básicos que conformarían una conciencia de lo que debería ser restaurar la arquitectura. ¡Qué lejos queda Viollet-le-Duc, pero qué lejos quedan también las narcisistas sobreactuaciones de nuestros días!

La *Carta del Restauro*, que es un monumento a la sensatez, conocería otras declaraciones internacionales posteriores, de alcance mundial, como la “Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural”, cuyas resoluciones aprobó la Conferencia General de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura, celebrada París (1972), y de ámbito eu-

ropeo como la *Carta europea del patrimonio arquitectónico* (Amsterdam, 1975), aprobada por el Consejo de Europa, que obliga a los países firmantes a una serie de compromisos sobre la conservación y restauración de la arquitectura y centros históricos. A éstas han seguido otras recomendaciones, como las de Nairobi (1976), Toledo (1986), hasta llegar a la de Ravello, en 1995. En definitiva, toda una larga concepción de lo que debe ser la intervención y conservación del patrimonio arquitectónico que ha ido recogiendo la legislación de cada uno de estos países, entre ellos el nuestro, cuya Ley del Patrimonio Histórico Español (1985), resulta ejemplar por la puesta al día de una serie de criterios de muy difícil discusión, mundialmente aceptados y compartidos.



Errores y aciertos. Sin embargo, una cosa es la ley y los criterios, las teorías y los conceptos, y otra muy distinta, la política y la práctica diaria de la restauración en nuestro país y bajo este o aquel Gobierno. Aquí todo vale, cada Comunidad Autónoma, cada Diputación, cada diócesis, cada deán, cada párroco, cada consejero de cultura, cada director general de patrimonio, cada municipio, cada entidad financiera, cada institución, el Ministerio de Fomento o el de Educación y Cultura, cada arquitecto, todo el mundo hace de su capa un sayo, y las excepciones confirmarían la regla. Sin la más mínima autocritica ni contraste de opinión, y pasando el mero trámite de las politizadas y funcionariales Comisiones de Patrimonio, todos los proyectos se aprueban para mayor gloria de la ignorancia y sonrojo de la

Portada sur de la **catedral de Burgos**, también llamada **Puerta del Sarmental**, en una fotografía anterior a su reciente limpieza.

mentada Ley del Patrimonio Histórico Español, a la que nadie hace caso.

¿Cómo, sino, se entiende el desmantelamiento de la catedral de Santo Domingo de la Calzada, donde se ha alterado el sentido del espacio interior, llevando forzosamente el formidable retablo mayor de Damián Forment a una posición secundaria en el crucero? ¿Cómo se permite destruir aquí el pétreo andén gótico, eliminar los retablos de los siglos XVII y XVIII que había en el crucero, perder las pinturas murales barrocas, y hacer con la plataforma del órgano el balcón de la casa parroquial? ¿Todo ello estorbaba para meter con calzador el retablo de Forment, repitiendo así la ridícula historia del zapato de las hermanastras de Cenicienta? ¿Es esto restaurar? Lo peor es que se ha hecho con el consentimiento de la correspon-

La mejor restauración es la que no se nota. Es como la salud, que es difícil definir de forma positiva, y sólo se advierte cuando falta

diente Comisión de Monumentos, con el de las autoridades eclesiásticas, municipales y autonómicas, todo bajo el complaciente silencio del Ministerio de Cultura y la complicidad de técnicos, arquitectos y profesores de historia del arte, dando su bendición, entre todos, al proyecto "restaurador" del arquitecto-sacerdote que hizo aquí un ensayo general de lo que sigue sucediendo en otros edificios de la Iglesia española.

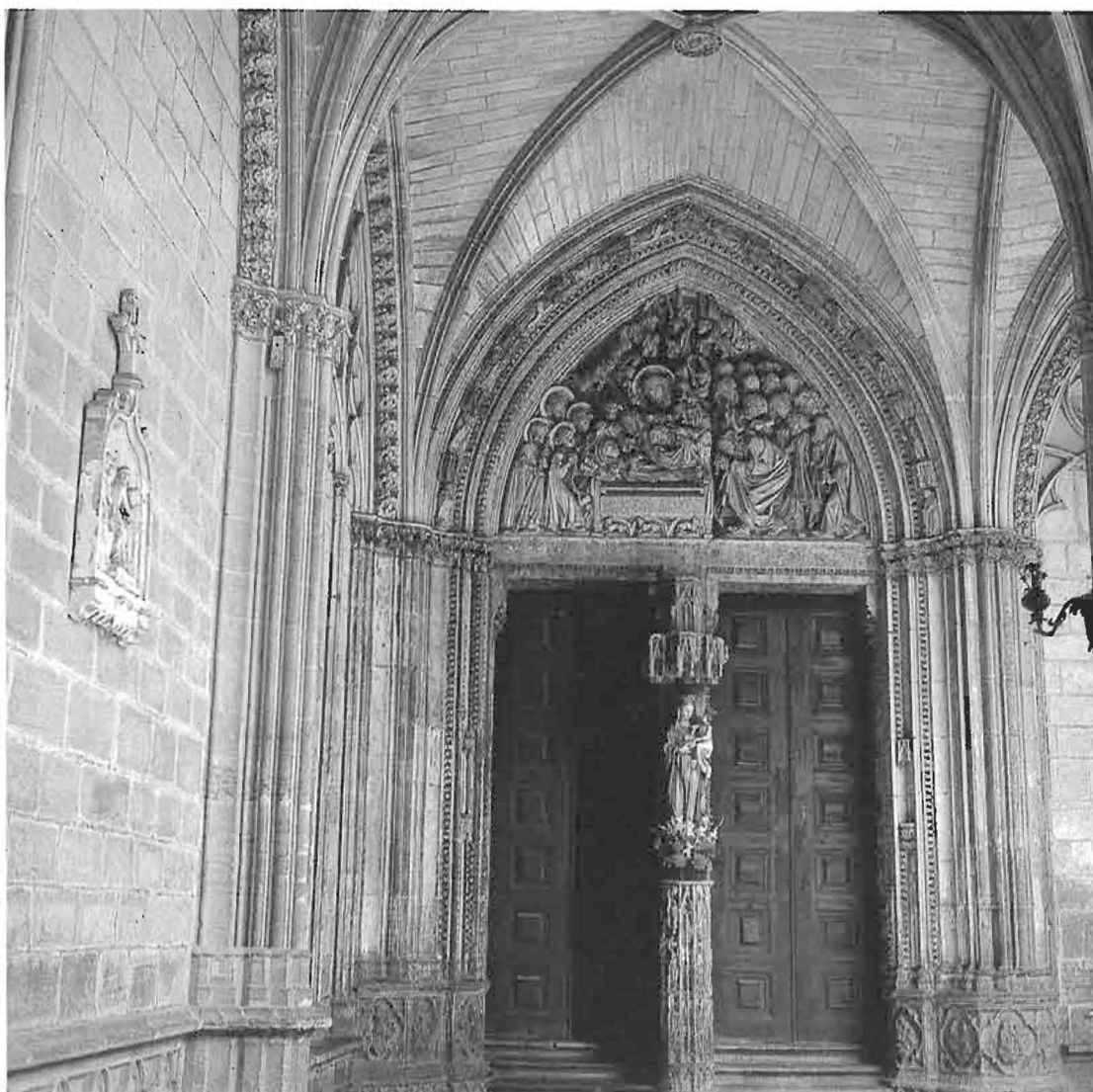
Sin abandonar el propio Camino de Santiago y con motivo del Año Xacobeo, podemos recordar desdichadas intervenciones en los más significativos monumentos de la ruta jacobea, como pueda ser la catedral de Jaca. Aquí, de modo gratuito, en este incunable de la arquitectura románica española, se ha añadido al venerable cuerpo de la catedral un ábside de "diseño años 90" tan torpe y lamentable, tan opuesto a lo que dice la Ley vigente, que los españoles deberíamos pedir cuentas a los responsables tanto por el daño como por el destino último del dinero de los contribuyentes.

Esta visión crítica de la restauración en nuestro país, que he expuesto en otros lugares, me ha llevado a interpelaciones varias sobre cuáles, entonces, la buena restauración. La respuesta es siempre la misma: la restauración que no se nota. Es algo semejante a la salud, que resulta muy difícil definir de forma positiva, y sólo se advierte cuando falta. Pero del mismo modo que cabe señalar a una persona con salud, también pueden nombrarse restauraciones ejemplares, pero que pasan desapercibidas, por lo contenido de la acción, donde sus autores, haciendo frente a problemas de todo tipo, se identifican con el edificio, lo escuchan hasta sentirlo, y luego actúan en consecuencia, con el mayor de los cuidados para no desvirtuar lo que se quiere salvar. Así, pocos saben que Antonio Fernández Alba restauró el Observatorio Astronómico de Villanueva, en Madrid, porque en esta joya

Detalle de una entrada a la **catedral de Pamplona.**

neoclásica, que seguimos disfrutando en su imagen inicial, no incorporó ningún gesto moderno que pudiera identificarse con su propia arquitectura.

Se está restaurando ejemplarmente la catedral de Salamanca, lo cual, a mi entender, dista mucho de lo que se hace en la de Ávila. Sí a la restauración hecha en la catedral de Pamplona, no a la de Cuenca. Sí a la catedral de Plasencia, no a lo hecho en la de Almería. Sí al monasterio de Aguilar de Campóo, no al de Carracedo. Sí a la Casa de la Comunidad de Teruel, no a la Casa de las Conchas de Salamanca, si bien se queda lejos de la profanación sufrida por la Casa del Cordón de Burgos. Sí a Sacramenia, no a Wamba. Sí, al centro histórico de Santiago de Compostela y un no rotundo al de Córdoba, con sus recientes chorros de agua en la plaza de las Tendillas. Al hacer estas observaciones, soy consciente de que se me puede acusar de subjetivo, puede ser, pero creo



que son realidades cuasi mensurables y no, simplemente, de opinión que, por otra parte, desearía oír a alguien, pues parece que todo el mundo mira hacia otro lado y, desde luego, no es cierto que todo valga.

Es decir, reconociendo la dificultad de cada caso y las mejores intenciones desde todos los proyectos, cabe discernir entre lo que resulta acertado y lo que no se aviene con lo que el edificio pide, entre lo que se ajusta a la experiencia acumulada en torno a la restauración entendida como salvaguardia del patrimonio edificado, y lo que se hace olvidando los límites y metas del proyecto de restauración.

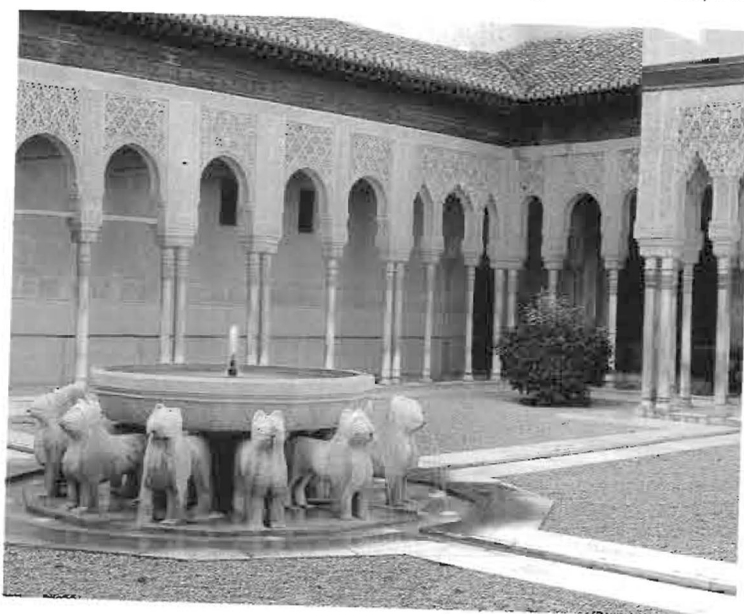
Necesidad de restaurar. Nadie puede poner en duda la necesidad de restaurar para conservar nuestra arquitectura, pero todo radica en el cómo, en los límites y en los criterios. Sobre estas cuestiones se han celebrado y celebran periódicamente cientos de cursos, jornadas y encuentros; se han escrito verdaderos tratados; se editan interesantes revistas especializadas; se han inventado cátedras universitarias de historia de la restauración; exposiciones, catálogos, tesis doctorales, en fin, se han perfilado nuevos conceptos que alimentan asiduamente las logomaquias que hacen del ejercicio teórico su propia meta, alejándose así de las cuestiones fundamentales de la restauración y viviendo todos en una especie de autocomplaciente escaparate colectivo. Personalmente, y desde que Giuseppe Valadier restauró el Arco de Tito (1821), en Roma, creo que todo está dicho y que cada nuevo simposio es una repetición del anterior. Todo lo que no sea definir una política de restauración, la gran asignatura pendiente dentro del marco cultural español que tampoco ha resuelto el Estado de las Autonomías, es perder el tiempo.

La necesidad de restaurar es evidente, pero tiene frente a sí nuevos problemas desde que se ha convertido en una actividad lucrativa de primer orden, de tal modo que con un apoyo económico verdaderamente importante, en nada se pa-



Fachada oeste de la *catedral de Burgos*.

Patio de los Leones, en La Alhambra de Granada.



rece el panorama español de los últimos veinticinco años a otras etapas anteriores. Esto debería verse como algo positivo; sin embargo, es del todo preocupante. ¿Por qué? Porque el patrimonio ha conocido el desembarco de técnicos que jamás pensaron ni se prepararon para hacer frente a las cuestiones que exige una restauración; por la entrada de las Escuelas Taller, loables en su función social, pero no siempre bien orientadas y dirigidas; por los lícitos intereses de constructoras y empresarios; por su vinculación al sector turístico, etcétera, de tal manera que el patrimonio arquitectónico y urbano es hoy un capítulo importantísimo en el engranaje político y económico de la sociedad de consumo.

En este aspecto nunca ha sido tan descriptivo el término consumir, porque el patrimonio, en efecto, se consume dentro de aquella poderosa máquina donde lo que menos importa es lo que se haga con él, pues poco se va a notar. Eso es sólo para los molestos eruditos. ¡Qué más da si le quitan las pieles a la arquitectura, dejando en carne viva sus muros, contra toda lógica (Santiago de Aravale, Ávila)! ¡Qué importa si se convier-

te en un capricho en manos del restaurador (San Andrés de Cuéllar, Segovia)! ¿Por qué escandalizarse de lo sucedido en San Ginés de Villabrágima (Valladolid), donde la iglesia, después de su costosísima restauración se parece más a un club de carretera, mientras que en la misma provincia se deja hundir la iglesia cisterciense de Santa María de Palazuelos? ¿Por qué preocuparse de las pequeñas piezas de la arquitectura rural, estén en la provincia de Valladolid o en la de Barcelona? Con ellas puede hacerse cualquier cosa, profanando su imagen y memoria, pues ha-

bitualmente ni salen en los periódicos ni dan muchos votos.

Hay que restaurar, sí, pero deberíamos hacerlo de tal modo que no diéramos la razón a Víctor Hugo, cuando habla de la restauración como una peste junto a la guerra y a las catástrofes naturales. Es necesario restaurar, sí, pero hagámoslo de tal forma que deje sin sentido la exclamación de Valle Inclán en *La cabeza del dragón*: "Es un castillo de fantasía como lo saben soñar los niños. Tiene grandes muros cubiertos de hiedra, y todavía no ha sido restaurado por los arquitectos del rey. ¡Alabemos a Dios!".